

*Narrativas de la diversidad:
siglos de acusaciones
y resignificaciones*

PEDRO ARTIEDA SANTACRUZ

SUMARIO

1. LA CONDENA DESDE TIEMPOS DE LA CONQUISTA

Hablar de sexualidades diversas es problemático. La condena española de la “sodomía” en las sociedades nativas.

2. LA “AMAZONA”, PILAR DE LAS LETRAS IRREVERENTES

La emancipada, fundadora de la narrativa *queer*.

3. A PUNTAPIÉS MUEREN LOS PEDERASTAS

Pederastia y homosexualidad en obras de Pablo Palacio, Rafael Díaz Ycaza y Benjamín Carrión.

4. ENTRE TINIEBLAS Y EL PAVIMENTO, “SUPURAN” LOS DESEOS EXCESIVOS

Personajes *trans* en una novela de Javier Ponce.

5. LESBOS O LA AMISTAD ROMÁNTICA Y LA INTERPELACIÓN DEL PATRIARCADO

El deseo entre mujeres en relatos de Joaquín Gallegos Lara y Eugenia Viteri.

6. SIGLO XXI: EL AMOR *QUEER* SE ANCLA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAREJA Y EL EROTISMO

Amor *queer* en relatos de Lucrecia Maldonado, Luis Borja Corral, Eduardo Adams, Pedro Artieda y Juan Pablo Castro Rodas.

7. LESBIANAS: ADIÓS A LA FIGURA MASCULINA. UN NUEVO ORDEN SE IMPONE

Nuevos órdenes en el deseo lésbico: relatos de Argentina Chiriboga, Adolfo Macías y Santiago Páez.

8. EL LENGUAJE ES EXUBERANTE Y SE TRAVISTE EN LA NARRATIVA *QUEER*

Innovaciones lingüísticas en relatos de Javier Vásconez, Raúl Vallejo y Marcelo Báez.

9. OMNISCIENTES HOMOFÓBICOS

La carga homofóbica en los narradores.

10. CONCLUSIONES

Las narrativas del siglo XXI modifican el discurso sobre la disidencia y la diversidad sexuales.

Desde los tiempos de la conquista, los personajes que han escapado de la norma heterosexual han poblado la narrativa de la región de manera significativa, aunque, durante gran parte del siglo XX, el silencio sobre estas representaciones reina en la academia. Nada es casual. Hablar de sexualidad diversa siempre ha constituido una problemática. Sobre todo, en países como el Ecuador, donde han prevalecido discursos conservadores influenciados por el pensamiento judeocristiano impuesto por los europeos. A la condición humana se le ha inscrito en el binarismo masculino-femenino, determinando roles y elecciones para cada género; acusando las diferencias. Situación marcada ciertamente por un patriarcado, caracterizado por subrogar lo femenino, como bien explica el escritor argentino Manuel Puig (1932-1990), quien plantea abolir, incluso, categorías como heterosexualidad y homosexualidad en función de una libre sexualidad.¹

Varios cronistas de Indias construyen, así, personajes de la diversidad. Trazan una suerte de perfil de los deseos fuera de ley, ligándolos al vicio y al pecado. La “sodomía”, como entonces se llamaba a las prácticas homosexuales, era usual en muchos pueblos precolombinos, hecho que asombró sobremanera a los foráneos, cuyo discurso binario era parte de su “inteligibilidad” cultural. Consecuentemente, las condenas fueron recurrentes por

1. Puig marca el inicio de esta problemática en el momento en que “un patriarca... habría inventado el concepto de pecado sexual, con el fin, entre otras cosas, de controlar a las mujeres”, hecho que llevó a la concepción de la mujer santa y la prostituta: “una sirvienta en casa y una cortesana para la diversión. “El peso moral del sexo, entonces, fue descargado exclusivamente sobre las mujeres o quien como las mujeres es penetrado, como los llamados homosexuales pasivos”. El autor enfatiza en que el concepto de homosexualidad constituye una proyección de una mente reaccionaria. Véase “El error gay”, tomado de *El Porteño*, año IX (septiembre 1995), https://debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate_feminista/article/view/407.

voces como la de Cieza de León (siglo XVI), entre otras, que cayeron en lugares comunes al describir la otredad. La vinculación siempre era con el mismo imaginario: el Diablo, una suerte de dios maligno que dirigía esos deseos.

Los indios sodomitas constituirían, de esta forma, los primeros personajes *queer* en lengua castellana, reflexionando, a base de la propuesta impulsada por la filósofa estadounidense Judith Butler, que tanto el género como la sexualidad son construcciones culturales; una suerte de escritura que anticipa cómo deben ser hombres y mujeres en el terreno de la sexualidad.² Textos a los cuales habría que sujetarse en torno al cuerpo y al deseo se encontrarían previos al nacimiento de los seres humanos: una estructura, un lenguaje que aprehende a los sujetos (o que quiere aprehenderlos), proceso similar al explicado por el psicoanálisis en torno a ese Gran Otro cultural cargado de significantes, en el cual son inscritos los seres humanos desde antes de ver el mundo.

En tiempos de la República, si bien es cierto que a Pablo Palacio se lo identifica como una suerte de fundador de la ficción con personajes de la diversidad sexogenérica (*Un hombre muerto a puntapiés*, 1926), décadas atrás ya se registra un breve relato que ha sido objeto de análisis más bien a partir del Romanticismo: *La emancipada* (1863), de Miguel Riofrío, apresurada novela que presenta todas las características para ser leída desde el pensamiento *queer*. Principalmente, debido a la liberación de la

2. En su texto *El género en disputa*, la pensadora —heredera de algunos postulados de Michael Foucault, entre otros, con respecto a las políticas de control sobre los cuerpos impuestas por los Estados y sus instituciones, principalmente desde finales del siglo XIX— enfatiza en que los roles o características atribuidas a mujeres y hombres estarían predeterminados culturalmente, sin ser hechos naturales como se los ha querido considerar. Butler aclara, igualmente, que el género es performativo debido a “que es el efecto de un régimen que regula las diferencias de género. En dicho régimen los géneros se dividen y se jerarquizan de forma coercitiva”. Véase Javier Sáez, *Teoría queer y psicoanálisis* (Madrid: Síntesis, 2008), 140. Su postura constituye la base del pensamiento *queer*, que plantea una resistencia a la normalización; que cuestiona los esencialismos que se han mantenido sobre la sexualidad. Las personas sexualmente diversas fragmentan precisamente esos “ideales”, las normas de la sexualidad, lo cual las ubica en los márgenes. Los personajes de la diversidad escenificados en gran parte de la ficción viven en mundos marginales al confrontar su deseo con las determinaciones culturales.

protagonista del yugo patriarcal, hecho que la lleva a la muerte, y a las ambiguas descripciones acerca de su rostro.

Desde la existencia de la letra “ordenada, civilizada-judeo-cristiana e inteligible”, se explica por qué la violencia y la muerte constituyen los ejes transversales de una literatura cuya función bien puede ser narrar la historia de las diversidades sexuales y de la sexualidad en general; pues al mismo tiempo que expone cómo han sido estigmatizadas las minorías en cuestión, devela cómo se ha ido constituyendo la sexualidad *heteronormada* (sus imaginarios). De lo contrario, no se explica el porqué de tanta homofobia. Los relatos de la diversidad constituyen archivos clave en la memoria sexual de la nación.

De esta manera, a partir de la obra palaciana que enfatiza uno de los grandes temas de la literatura en el siglo XX, el patriarcado-machismo, se inscriben los posteriores relatos *queer* en esa misma estrecha lógica binaria (los cuerpos sin reglamentos son ininteligibles, inasibles); mostrando cada vez y con más fuerza —sobre todo desde los años de 1990— esos deseos excesivos que de alguna manera buscan refugio en la escritura, único lugar posible de temporal amparo, denuncia y resistencia. Y para los cuales se ha ido consolidando una serie de adjetivaciones reprobatorias que siguieron al vocablo “sodomita”, formando una interminable escalera de palabras: señalamientos, insultos, enunciados peyorativos, con tal fuerza ilocucionaria —pensando en el filósofo inglés John L. Austin en torno a los actos de habla, sobre todo en aquellos que llevan a cabo una acción cuando son enunciados—³ que han logrado su propósito: marginar, generar culpas, silenciar.

Es decir, un lenguaje que, además de haber instaurado odio, ha actuado produciendo efectos emocionales; sobre todo de quienes

3. El filósofo dividió los actos de habla en constatativos y performativos. Los constatativos describen unos hechos que pueden ser verdaderos o falsos; los performativos, en cambio, producen una acción que no es ni verdadera ni falsa. En el desarrollo de sus reflexiones planteó para algunos actos de habla las categorías de locucionarios, ilocucionarios y perlocucionarios. En términos generales, los primeros se refieren a la emisión de los sonidos de los enunciados que tienen cierto significado; los segundos a los actos que se producen en sí mismos al decir algo; y los terceros a los efectos que los enunciados o actos de habla producen, ya sea en el hablante o en la audiencia. Véase John L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras* (Barcelona: Paidós, 1990).